



El Eco de la Cruz

PAX VOBIS

Año XLVI Zaragoza, 1 de Arbil de 1944 Núm. 988

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica (por ahora) el primero de cada mes
Dirección y Administración: Calle Mayor, 6, 2.ª dcha.

SALUDO A FRANCO:

¡ARRIBA ESPAÑA!

La guerra de hoy sobre todo, de dimensiones universales.

Explosiones en que se derrumban manzanas enteras de casas... Iglesias —la casa del Señor que está allí vivo!— monumentos milenarios de la historia y joyas de arte... todo se destruye en un momento aplastando millares de personas que sucumben en masa como si la personalidad humana hubiera dejado de tener su grandeza y dignidad.

¡Cuántos males! ¡Cuántos muertos! ¡Cuántos heridos! ¡Cuántos desequilibrios nerviosos por el terror de esas luchas gigantescas de cientos y miles de aviones que disparan y se acometen e incendian y se estrellan! Y miles de cañones y carros en un frenesí de lucha y de horror. ¡Cuántas viudas y huérfanos! ¡Cuántas lágrimas y lutos!

¡Hasta a la Ciudad Eterna le alcanza la guerra!

Asilo de paz. Centro Universal del mundo creyente, Faro de luz, Foco de santidad y energía moral... Es la casa del Vicario de Cristo.

Todos la miran con veneración.

Nadie puede tocarla sin profanarla.

¿Cómo se explica este contraste de maravillas del mundo físico y de desconcierto del mundo moral?

Nadie ha sabido descifrar el enigma del mal.

Sólo el cristianismo nos lo ha revelado y con luz divina.

Es la caída de Adán. Es la herencia fatal de ese pecado que ha empon-

zoñado la humanidad y la ha degradado.

El hombre no es el hombre que Dios creó.

Dios lo creó sano, inteligente, bueno y hermoso. Y para él hizo este mundo hermosísimo. Con toda la ternura de un Padre. Con todo el poder de Dios, con toda la magnificencia y hermosura de la Sabiduría infinita.

El hombre no agradeció tanta bondad y desobedeció a Dios y se hizo indigno de tan gran Padre y fué expulsado del Paraíso y comenzó su vida desastrosa de penas y pecados.

Estado miserable del que ya no podía salir.

Fuó preciso que el mismo Dios—que al fin era Padre—viniese al mundo y expiase los delitos de todos sus hijos.

¡Y qué expiación la de Jesús!

Apoyando —podemos decir— con su omnipotencia las débiles fuerzas humanas, se entregó a la Muerte espantosa de la Cruz y pagó con sobra infinita nuestras culpas y nos limpió el alma y reconcilió con su Padre.

Doblemente hijos de Dios.

Y ahora con más entrañable motivo. “No habéis sido comprados con oro o plata, sino con la sangre del Cordero Inmaculado Cristo” nos dice San Pedro.

¡Si; somos de Jesús!

Vivamos la vida de Jesús.

Vida de pureza, de alegría, de esperanza, de gratitud infinita, de amor, de anhelos divinos.

FELIPE CLEMENTE

LA EXPIACION

Es un hecho el pecado; abominable, degradante, el más dañoso de todos los males, el único verdadero mal.

¡Qué penoso, qué terrible es el crimen y el robo y la mentira y el odio y la traición y la impureza y la rebeldía y la blasfemia sobre todo...!

¡Y la guerra!

La guerra de todos los tiempos, que es matanzas en masa y desolación, ruinas, hambre, sangre inocente...

Un ejemplar 2 pts. al año; 10 ejemplares 10 pts.; 100 ejemplares 100 pts.
cuarta página, con original propio para Parroquias, Asociaciones, etc. Pídanse precios y muestras

RESURRECCION

Sumida está en oración
La Virgen Santa María
Y espera anhelante el día
Que alegre su corazón
¡Pascua de Resurrección!
Jesús, de gloria inundado,
Triunfante se le aparece;
¡Y oh bien jamás igualado!
La llaga de su costado
Para descanso le ofrece.

Mañanita de Pascua rutilante,
Aurora de alegría y gloria llena,
Dinos tú lo que viste, Magdalena,
Al contemplar a tu Jesús amante
Y su voz escuchar vivo y triunfante.
No sólo ya el sepulcro ves glorioso,

Sino a Cristo triunfante de la muerte
Resucitado al fin y victorioso,
¡Oh mujer venturosa, mujer fuerte!
Que te hacen disfrutar la mejor suerte.

Si algún testigo faltare
Mirad a Santo Tomás:
Apóstol, tú nos das
Cuanto la fe deseare.
Tu duda es ya razón clara
De las llagas y el amor
De Cristo Resucitado.
Llévanos a su costado,
Para que en gloria o dolor
Vivamos siempre a su lado.

R. JORCANO.



TRIBUNAL BARATO

—Tilín... tilín... tilín...

—Tilín, tilín, tilintilintilín...

Macario.—¿Qué es eso? ¿qué pasa?
¿Sestá ahugando alguno? ¿Qué modos
y qué crianza es esta?

Varics.—¿Está el señor Mago?

Macario.—Nostá; ni estará nunca
pa vusotros, que no tenéis crianza, ni
modos.

Una chica.—Es que venimos a que
nos cuente el cuento de los golondri-
nicos, como to los años.

—¿Y paíso hace falta semejante
estropicio que paice quibais a batir
la campana? Se viene con modos;
pero ¿de qué vais a saber lo que
crianza? Siempre con los animales,
sus paice que siempre tratáis con ani-
males. Yo también he ido con los
abries, pero mhi valió de mi cono-
cimiento y sé loqués tratar con pre-
sonas y con el señor Mago y pa qué
más, con tol mundo que viene al Tre-
bunal, que por algo llevo aquí cuasi
to la vida; ven que yo me sé portar
como corresponde y ahí está; pero
vusotros sois como las mismas bes-
tias. Habíais de haber venido sin

chistar y llamar abónico, que cuasi
no se sienta pa nospartar al señor
Mago.

Un chico.—Ahura ne es hora de
dormir.

Macario.—¡Cállate, c'escarau, si no
te tiro escalera abajo!

Una moza.—¿Y si no lo sienten?

Macario.—Mejor que no venís más
que astorbar y amporcáo todo. Si tu-
viáis una miaja e modos hubierais
dicho: Amos a llevale alguna cosica
pal señor Macario, ya que lo can-
samos tanto; y aunque no hubierais
traído más que un coxajico, un po-
llico u una gallina u dos, lo que ca-
da uno hubiá tuvido voluntá, que ya
sé vía lantencia... y tolo agradece-
ce... ¿A que no nos ha ocurrido?

Un chico.—Tóme, señor Macario:
aquí mhan quedau dos cascabuets.

Una chica.—Y a—mi mha quedau
un higo...

Macario.—Sus los guardáis pa vus-
otros, arguellaus.

Una anciana.—Ya sabe el señor
Macario que todos le tenemos mucha
lay; cuasi tanta como al señor Ma-

go, quéis decir; que nos rimos mucho
con las cosas quice y con ese genio
que tiene. Ahura qui ha llovido güen
recau y ha nevau, se prepara güena
cosecha, que Dios nos lá guarde y
entonces no si apure que la guar-
daremos longanza y güenos bocaus
cuando matemos el tocino.

Macario.—Eso está bien, pero ha-
bíá de ser ahura.

La anciana.—Aun lhimos de com-
prar, quimos tuvido mu mal año. Este
año pinta bien si no sestorba.

—Tilín, tilín, tilintilintilín...

Macario.—¿Quéis eso...? Afuera,
tanto incomodar. ¡Haha!, ¡tol mun-
do a la calle...!

Muchos.—¡Señor Macario, que yo
no hi sdo; ni yo...! Qui ha sido
este mocoso.

Macario.—¡Tú; afuera, y si no vas
a ir rodando po las escaleras! Y no
pázcáis más po aquí.

Sr. Mago.—¿Qué pasa, Macario?

Macario.—Que mestán sofocando;
que no pué ser, son gente sin crian-
za y por demás. Hi tuvido quespa-
char a uno y los hubiá espachau a
todos. ¡Unos alborotos que paician
lobos rabiosos y estirando de la cade-
na de la campana pa divertisen; y
es que no han visto en su vida y ahí
está.

Sr. Mago.—Id pasando con orden
y sentaos como podáis. Mira; los pe-
queños delante, que abultan menos;
y estad quietos. Ya si pongo a qué
habéis venido; a que os cuente el
cuento de los golondrinos, como
otros años...

Todos.—Si señor; sí, señor...

Un chico.—Señor Mago; este ha
venido lultimo y se pone aquí delan-
te y mapreta.

Sr. Mago.—Todos podéis estar y
no os apretéis ni estorcéis. Ahora si-
lencio.

Un chico.—Que sea bien majo.

Otro.—Que no lé miedo, quel año
pasau ensoñaba mucho dempués.

Sr. Mago.—¡Silencio...! Pues se-
ñor, en tiempo de Nuestro Señor Je-
sucristo habia en Jerusalén muchos
pájaros y entre ellos muchos gorri-
ones y golondrinas y golondrinos y go-
londrinos...

Un chico.—¿Qué majicos que son
los golondrinos; yo cogí un nido...

Sr. Mago.—Pues no cojáis ningún
nido y menos de golondrinos. Y
ahora callad y escuchad. Durante el
día iban los golondrinos de caza a
buscar alimento para ellos y para sus
hijos los golondrinos que aun no
salían del nido. Volaban con esos
giros tan graciosos y cogían los mos-
quitos e insectos pequeños que halla-
ban por el aire; y al atardecer se
retiraban a sus nidos y comentaban
en su tertulia con los vecinos los su-
cesos del día. ¿Cómo se ha pasado el
día?—preguntaron unos golondrinos
que habitaban en el alero de una sina-
goga a sus vecinos de enfrente, un

¡Atención, suscriptores! La Administración de "El Eco de la Cruz,

Ayuntamiento de Madrid

Guerra a la blasfemia: Santificad el día del Señor

palacio de unos saduceos opulentos de la familia sacerdotal de los Kanteros. Muy bien, respondieron; ha hecho un día magnífico y había una plaga de mosquitos exquisitos.

Los sinagogos.—Lo hemos corrido todo; todos los valles de Jerusalén y las riberas del Jordán desde la laguna de Merón y el lago entero de Genezaret hasta el mar Muerto; pero no hallamos caza mejor que la de Hebrón en días de sol claro. Los insectos, sobre todo los mosquitos, están bien cebados con la savia de los pinos y plantas silvestres. Son deliciosos y en cantidades inagotables.

Los saduceos.—Nosotros preferimos los mosquitos de la ciudad.

Los sinagogos.—Vosotros, como vuestros amos; os gusta el fausto y la grandeza de Jerusalén.

Los saduceos.—No; es que son más suculentos; se alimentan del hombre y de los animales...

Los sinagogos.—No sé por qué nombráis a los hombres. Son los seres más despreciables de la creación. Inflados y llenos de desprecio y egoísmo y de la más refinada perversidad.

Los saduceos.—Ciertamente; Basta ver a nuestros amos. Dejemos a los hombres miserables. Es verdad que Jairo, el archisinagogo es bueno y habla bien la gente del pueblo de ese gran Profeta Jesús de Nazaret; pero la gente culta y los sacerdotes no le quieren; es un hombre del pueblo, un carpintero. ¿Puede salir algo bueno de Nazaret?, terció otro con el aplomo y empaque de un rabino.

Los sinagogos.—Estáis equivocados. Vosotros no le habéis visto. Si le hubierais visto pensaríais de otro modo. Es un hombre que no parece hombre.

Los saduceos.—¿Pues, qué parece? ¿Será un ángel? No iría arrastrando por el suelo; iría volando.

Los sinagogos.—Os digo que no parece hombre porque tiene corazón y es todo ternura y ama hasta a sus enemigos que daría la vida por ellos. Hasta a nosotros nos mira con cariño; es un encanto verle.

Los saduceos.—Es una ilusión. Un hombre así... querer hasta a los pájaros...

Los sinagogos.—Nosotros también vemos eso muy raro en un hombre, que nos tienen los hombres bien escarmentados.

Un gorrión.—Amigos golondrinos, pienso como vosotros; es muy raro en un hombre.

Los sinagogos.—Tal vez no es hombre.

Los saduceos.—¿Qué disparate! ¿Qué va a ser, pues?

Los sinagogos.—Dícen las gentes que es el Hijo de Dios.

Los saduceos.—La gente del pueblo, los ignorantes; pero ninguno de los escribas ni sacerdotes.

Un golondrino.—Nosotros no entendemos de las cosas de los hombres. Además, ¿qué nos importa de esos miserables. ¡A volar, a vivir, a la región de la luz, que es nuestro cielo! Y se lanzó como una flecha al espacio.

Varios.—¡A volar, a volar!; y con un alborozo de estrépito se elevaron como una nube todos los golondrinos y gorriónicos.

Los sinagogos.—Es por demás, no tienen juicio.

Una gorrión.—No son todos los hombres malos. A nosotros nos da migas de pan Juana, la mujer de Cusa el administrador de Herodes; es muy buena mujer.

El gorrión.—Y Manahem, hermano de leche del Tetrarca, y los discípulos de Jesús... Son hombres de otra manera.

La gorrión.—Desde que ha venido Jesús se transforma la humanidad. Los hombres tienen corazón y aman a Dios y a los demás.

Los saduceos.—No os hagáis ilusiones; ese Profeta lo pasará mal.

Los sinagogos.—¿Quién puede contra Él?

Los saduceos.—¿Pero no sabéis lo que ha pasado?

Los sinagogos.—¿Qué? — preguntaron con ansiedad.

Los saduceos.—Los principes de los sacerdotes lo han condenado a muerte y un discípulo lo ha vendido. Todo era una alucinación del populacho. Ya lo decían los fariseos, que tenía embaucado al pueblo.

Los sinagogos, al oír esto, quedaron mudos de espanto.

Los saduceos.—Si fuera Hijo de Dios, Dios lo protegería. Dios lo ha abandonado en manos de sus enemigos.

Una golondrina se desmayó y cayó a la calle, estrechándose contra el suelo.

En aquel momento vino la bandada de golondrinos y gorriónes que se habían marchado, todos llenos de espanto. Traían a Jesús preso en medio de una cohorte y con toda la chusma reclutada por los sacerdotes con Judas al frente. Se asomaron a los nidos y vieron aquel espectáculo horrible. No pudieron seguir mirando y se taparon los oídos con las alas para no oír la gritería infernal. Luego los golondrinos sentaron llenos de emoción la escena sublime de la Cena en que Jesús, tomando pan y vino, instituyó la Sagrada Comunión para dar la Vida a los hombres que le iban a prender y matar! Reaccionaron, se hicieron fuertes y quisieron ver en qué paraba aquello. Pudieron ver las escenas de Casa Anás, Caifás y Pilato y vieron a Jesús salir al Pretorio todo llagado y con la clámide roja y la corona de espinas... ¿Cómo pudieron resistir? Y por fin se abrió la puerta y salió Jesús, siempre con

un atractivo creciente y lleno de soberanía y de dulzura, cargó con la cruz y en medio de los ladrones fué camino del Calvario. Llenos de miedo los golondrinos, pero sin poder apartarse de aquel cuadro, volaban hacia el Calvario. Vieron cómo le desnudaron y pudieron contemplar aquella carnicería que los azotes habían hecho en aquel cuerpo inocentísimo; lo clavaron en la Cruz y pudieron mirarle en medio de tantos dolores insultado por sus enemigos triunfadores y acompañado de su Madre Santísima, atravesada por la espada del dolor al pie de la cruz con las santas mujeres. Y oyeron aquel lamento de angustia: "¡Padre mío!, ¿por qué me has abandonado?" y luego añadir: "En tus manos encomiendo mi espíritu" y vieron también con sus propios ojos que ¡dobló la cabeza y murió...!

Los golondrinos *saduceos* se atrevieron a decir: "Estaba visto". Los *sinagogos* no tenían fuerzas para hablar ni replicar. Acababan de oír que Dios le había abandonado. Se oscureció el sol y todo quedó envuelto en densas tinieblas y comenzó a estremecerse la tierra y desgajarse las peñas con ruidos terribles de destrucción universal... Era la ira de Dios que había abandonado a su Hijo y destruía la creación...

Todo lo merecía la perversidad de los hombres. Había llegado también para ellos la última hora; dieron una última mirada al Cuerpo muerto de Jesús y hundieron sus cabezas debajo de las alas...

... ..

Una algazara de multitudes delirantes de alegría les hizo voivier en sí. Millones y millones de ángeles llenaban los cielos y la tierra cantando el triunfo de Jesús. Jesús había resucitado. ¡Era verdad, era el Hijo de Dios...!

Muchos.—¡Ah...!

Una chica.—¿Y por qué lo mataron al probecico Nuestro Señor, siendo tan gueno?

Un chico.—¿Y por qué se dejó matar?

Una anciana.—¡Dios mío, qué malos son los judíos!

Macario.—¡Que vengan, que vengan por aquí, que les daré yo con este garrote!

Sr. Mago.—Hijos míos, amad mucho a Nuestra Señora, que ha muerto por nosotros.

EL MAGO.

De Vd. EL ECO DE LA CRUZ a sus amigos para que lo lean

T. E. EL NOTICIERO. — Zaragoza.

Una mirada a la Tierra

Acabado perfume

Cuando visitamos una ciudad nos gusta ver lo mejor que atesora: sus iglesias, monumentos arquitectónicos grandiosos y relicarios de joyas de arte, donde el cincel y el pincel del genio plasmaron el espíritu de fe y cristalizaron una creación estética de nuestros antepasados, que nosotros contemplamos con emoción bebiendo un ideal en las fuentes permanentes de la belleza; los museos, que nos guardan trozos mutilados de su historia, de su arte; su moderno urbanismo, sus magníficas avenidas, parques y jardines; sus instituciones...

Pocos, nadie desea ver las callejas estrechas y apartadas de los barrios pobres donde pulula gente inculta y desaseada, ni menos las barriadas miserables de viviendas primitivas donde se refugian mendigos y maleantes en un ambiente de suciedad, de abandono y falta de moralidad. Siempre hay rincones descuidados, ruinas desmoronadas, calles desatendidas.

Sólo lo hermoso se exhibe y se atiende.

En una casa nos reciben en una pieza bien cuidada y nos enseñan lo aseado y ordenado. Pero hay siempre un desván o un cuarto con trastos viejos; sillas o armarios rotos; ropas inservibles, muchas cosas amontonadas que se acumulan allí y libran de estorbos al resto de la casa.

Tampoco en estos rincones reina el orden ni la limpieza; ni la dueña de la habitación tiene interés en asearlo como un salón; ni el mismo arquitecto se ha esmerado en la construcción de la buhardilla, ni el hueco que la portera utiliza debajo de la escalera, en donde todos vemos sin extrañeza los defectos de la construcción, un ángulo absurdo inservible, un trozo de viga que alcanza la cabeza, un techo inclinado...

Y lo mismo son el sastre y la modista, el tapicero, que terminaron con primor lo que está a la vista, pero dejando de cualquier modo lo que está oculto, en el interior de los forros o pliegues.

Todo el mundo procura llevar al exterior una indumentaria decorosa, pero pocas veces, nunca hay en lo interior una perfección de acabado como en el exterior.

Es la comedia de la vida. Los comediantes aparecen en la escena con atavíos brillantes de riqueza y hermosura, pero detrás de los bastidores es todo lo contrario.

El mundo, el arte, no entiende ni sabe hacer con igual primor y belle-

za los rincones, lo que no se ve, lo destinado a desahogo, a corral, a bodegas y subterráneos, a basurero, a servicios de higiene...

El arquitecto o artista que pusieran en el basurero piezas de mármol labrado con igual primor que en la escalera principal o en el salón sería considerado como rematadamente loco. Ni podríamos entender que el platero, el pintor o el sastre suntuario hicieran en un rincón invisible o el pliegue interior de un traje de gala una obra de arte igual que la que han trabajado para ostentarla en el pecho.

Es más; hay casas sencillas para pobres y casas lujosas para ricos; vestidos toscos y humildes para pobres y vestidos caros y hermosos para ricos...

El acabado perfecto es orgullo del artista que agota en él su genio y sus afanes.

En la naturaleza no sucede así.

No hay flores hermosas para ricos y feas para los pobres. La misma flor delicada y primorosa crece en el huerto de un aldeano que en el jardín de un rico. Los árboles del bosque serrano son tan magníficos como los de un parque ciudadano.

No hay belleza sólo en lo que sea ostentación. Admiramos las flores silvestres con toda su hermosura y perfume en el ribazo, en la hondonada, en el monte y en el bosque solitario que nadie ve.

Y no hay prisa en su fabricación, ni descuido en el detalle, ni imperfección en el acabado minucioso de la obra. Cogemos una flor cualquiera y todas están igualmente acabadas. Tomamos una hoja de perejil y la contemplamos con todo lujo de ornamentación; y lo mismo en las cosas más vulgares, la hoja de la parra, de la higuera, de la alcachofa, de la escarola, de la col, de la zarza... la brizna de hierba, el espliego, el romero, el tomillo, los hilos del pino, la pata de una mosca, la antena de un insecto, el ala de una mariposa, el ojillo de un gorrión, la pluma de un canario... todo está con el mismo molde de belleza, todo perfectamente acabado hasta en sus mínimos detalles, sin rincones descuidados, sin pormenores ocultos que no ofrezcan la misma perfección, belleza y elegancia.

No es cosa humana. Sólo Dios es el que tiene siempre en todas sus obras el sello de armonía, perfección y hermosura inagotable.

JUAN DE LA CRUZ

ROGUEMOS POR NUESTRO PONTÍFICE PIO XII.

El Señor lo conserve y lo llene de vida, lo haga dichoso en la tierra y no lo deje al deseo de sus enemigos.

HAN ABONADO SU SUSCRIPCION CON SOBREPRECIO

Don Ramón Jiménez, Huelva; doña Amalia Martínez, Cella; don Gonzalo Bajo, San Sebastián; doña Josefa Bejarano, Puebla de la Calzada; don Victor Onieva, Pamplona; R. M. Superiora del Manicomio Navarro, Pamplona; R. M. Superiora del Hospital Militar, Zaragoza; doña Angeles Puchó, Puzos; doña Jesús Gracia, Azlor (Huesca); doña Angelita Aragón, Viana; HH. de Santa Ana, Alló; HH. de Santa Ana (Colegio), Alcañiz; doña Elisa Revilla, Burgos; don Justo Sahz, Segovia; doña Julia Martínez, Castilmice; doña Pilar Calatayud, Barcelona; don Ramón Santos, Burjasot; R. M. Superiora de las Oblatas, Benicasin; R. M. Superiora de HH. de Santa Ana, Monzón; HH. de Santa Ana, Fraga; don Luis Artiola, Zaragoza; don Domingo Lacalle, Madrid; Reverenda Madre Superiora de Siervas de Maria, Sevilla; Hermanas de Santa Ana, Fitero; Hermanas de Santa Ana, Huesca; señora viuda de Bruel, Sevilla; don Joaquín Los Arcos, Barcelona; doña Julia Domínguez y señorita Carmencita Ors, Moncada; don Manuel Pérez, Navapalos; don Juan de la Peña, Noviercas; doña Elvira Buira, Baldellou, y doña Pilar Alerudo, de Zaragoza, que ha hecho un donativo de 50 pesetas.

DIOS SE LES PAGUE.

"ANTE EL PILAR".—Precioso devocionario de la Santísima Virgen del Pilar escrito por don José Marzo Abecia, presbítero, 275 páginas, encuadernado en tela negra, plancha dorada, cortes rojos, puntas redondas, excelente papel, 8 pesetas. De venta en esta Administración.

La Eucaristía y la Comunión diaria, por el M. I. Sr. D. Juan Buj.—Obra de permanente actualidad Su autor fué el verdadero Apóstol de la comunión diaria en nuestra región y aun fuera de ella, anticipándose con clarividencia sorprendente a Pío X. Ideas luminosas, lenguaje cálido, piedad honda del alma que siente la dicha de ver y amar a Jesús en la Eucaristía.—Precio, 250 pesetas.

AVISO

Rogamos a los suscriptores que no hayan abonado el importe de la suscripción se sirvan hacerlo cuanto antes. Comprendemos que, como frecuentemente se trata de cantidades pequeñas, no le dan importancia y se olvidan. Si no lo abonán pronto entenderemos que prefieren que les iremos a reembolso.

Para las Parroquias, Círculos, Patronatos, Colegios, Fábricas, es el Eco de la Cruz un periódico de propaganda social y religiosa sana y popular